

El discurso del maestro ante una sociedad de consumo

María Cecilia Izarraraz Gutiérrez

¿Y qué es ser docente?

Hablar de educación remite a una tarea socialmente construida que responde a una necesidad de fortalecimiento de la cultura en la que se insertan los procesos que inciden en ella, pero también a su cuestionamiento. Esto implica un compromiso por parte de los actores de esta, pero también el reto de reconocer que la tarea educativa y la escuela como centro se insertan en la complejidad de los grupos sociales, con sus contradicciones, búsquedas y, por supuesto, interrogantes acerca de lo que es la propia sociedad.

Por lo anterior, y reconociendo que el paso de una percepción a otra no elimina necesariamente la anterior, a través de la historia la concepción del papel social del docente se ha modificado. Desde una visión de servidumbre para las clases privilegiadas a una exaltación desde una visión religiosa, de la docencia como apostolado; desde un catedrático cuya sabiduría permite escribir en la tabula rasa que constituye la mente de los alumnos, a un promotor del autodescubrimiento por parte de sus estudiantes; desde un líder social a un trabajador que cumple requisitos administrativos previamente establecidos a cambio de un salario; desde un transmisor de conocimientos, vaso comunicante entre el libro y el alumno, a un profesional de la educación.

En la actualidad y en el reconocimiento de la complejidad del tiempo que nos toca vivir, de la multiplicidad de visiones e interpretaciones de la realidad, de la cosificación sufrida por niños, jóvenes y adultos, en gran medida la tarea docente se presenta parcializada, enajenante y fragmentaria. Ante esta condición Giroux señala su preocupación por... el desarrollo de un punto de

vista de la autoridad y de la ética que defina a las escuelas como parte de un movimiento de avance y de lucha por la democracia, y los maestros como intelectuales que legitiman, a la vez que dan a los estudiantes los primeros elementos para una forma de vida plena. En ambos casos, es deseable que la autoridad legitime a las escuelas como esferas públicas democráticas, y a los maestros como intelectuales transformadores que trabajen para hacer realidad sus puntos de vista de comunidad, de justicia social, de delegación de poderes, y de reforma social (1993:120).

Esto implica que más allá del sentido de reconocer a la formación para satisfacer necesidades del mercado, se busque que los alumnos, desde sus diferentes niveles y edades de formación, sigan una trayectoria que les permita constituirse en sujetos autónomos para que de manera inteligente puedan gestionar las condiciones de vida que les toquen, conociendo su pasado, su contexto y su visión de mundo y vida.

Con base en los elementos expuestos, el sentido de la acción de los docentes debe reconocer los contextos sociales de la escolarización y las diferencias culturales que se convierten de manera natural en distancias escolares. Cualquier acción educativa nueva o simplemente como tal, nunca puede independizarse completamente del pasado, de tradiciones, legados, de valores heredados. En este contexto no se debe perder la dimensión de historicidad tanto en los diseños curriculares de formación de profesores como en la práctica docente en todos sus niveles. Desafortunadamente, en muchas ocasiones esta condición se pierde, y el anclaje a la historia, personal y del colectivo, se convierte en un elemento que subyace a la acción educativa y que se cuele de forma irreflexiva, provocando resultados confusos para los propios protagonistas del proceso educativo, de manera central docentes y alumnos.

Cosificación y sociedad de consumo

Baudrillard ofrece una perspectiva terrible y visionaria en su libro *La sociedad de consumo*, escrito en 1970 (2007) en la que el mundo se convierte en un gran escaparate en donde la oferta se ve desbordada por la demanda, con consecuencias terribles en las que el futuro es la reificación de la desesperanza. En esa visión los objetos se presentan en profusión a partir de un plan maestro y perverso que desvincula al sujeto de la realidad y convierte a ésta en signos y al mundo en un enorme supermercado.

Algunas de las principales ideas que argumenta y que orientan la reflexión del presente trabajo, son:

La universalidad de las crónicas de los medios de comunicación masiva es lo que caracteriza a la sociedad de consumo, eso da la pauta "...de nuestro pensamiento mágico, de nuestra mitología.". Por ejemplo, la asunción del derecho a la abundancia por sobre el reconocimiento de la posesión de bienes como resultado del trabajo.

No hay sujeto, hay consumidores. La relación del consumidor con el mundo real es superficial, se basa en dos elementos: curiosidad y desconocimiento del mundo.

La búsqueda de la felicidad como un mito basado en la fantasía de la igualdad y esa igualdad debe ser mensurable a partir de la posesión de bienes y condiciones de vida comfortable.

El principio democrático se transfiere pues de una igualdad real, de las capacidades, de las responsabilidades, de las oportunidades sociales, de la felicidad (en el sentido pleno del término) a una igualdad ante el Objeto y otros signos evidentes del éxito social y de la felicidad (Baudrillard, 2007: 40).

Evidentemente, esa abundancia que se pregona no es para todos, pues al margen de los bienes que se produzcan, la sociedad está articulada sobre un excedente y una carestía estructurales.

¿Cuál es el discurso en el reto del docente?

Al tratar de hilvanar las ideas para este apartado, me vino a la mente el libro de Maud Mannoni (2015) *La Educación Imposible*, en el que plantea el problema de las escuelas experimentales y en el que, al margen de las diferencias específicas con la temática que se desarrolla en este trabajo, encuentro dos elementos que detonan mi argumento. Primero, el que se refiere a uno de los puntos de conflicto para el desarrollo de esas escuelas: el ángulo social, como contexto problematizador que define las prácticas, los enfoques e incluso los resultados de la tarea de los centros y, el segundo, el nombre mismo del libro, una educación que no puede enfrentarse a procesos sociales que, de acuerdo con lo que escribe Baudrillard, han convertido al mundo en un espacio de compra - venta y al signo de los tiempos en una sociedad de consumo.

El discurso de los docentes, de su narrativa, no es aséptico, pues es parte de una construcción interiorizada por ellos, formada a partir de troqueles sociales a lo largo de su historia. En este sentido la integración a ese mundo en donde los signos sustituyen a la realidad, ese mundo en el que las crónicas de los medios de comunicación masiva marcan la pauta, es el mismo en el que el docente ha construido su concepción de la realidad, de su realidad. Y es desde esa realidad desde la cual él habla. Eso hace pensar en la imposibilidad de la tarea educativa.

El docente también es consumidor y como tal se plantea la felicidad a partir de condiciones mensurables, de una igualdad que lleva en su interior una desigualdad estructural, por lo tanto, la búsqueda de la felicidad se convierte en aspiración inalcanzable cuyo recorrido se compone de amargura e insatisfacción.

¿Es éste un destino inescapable? La respuesta a esta interrogante es no. Precisamente la educación constituye una de las mayores fortalezas para que una visión diferente pueda construirse, pero para eso es necesario, entre otras cosas, reconocer al docente (y que el docente se reconozca) como agente transformador que a partir

de una ética forme parte del colectivo escolar como constructor de democracia, que a partir de un discurso consciente y de una revisión crítica de su propia historia, pueda expresar la posibilidad de construcción de una realidad diferente.

El lenguaje constituye y en las posibilidades de nombrar-nos está también la posibilidad de trascender, es así como la narrativa del docente que acompaña al conocimiento científico, y que incide de manera central tanto en la relación docente alumno como en el proceso formativo del cual es protagonista debe desarrollarse de manera consciente, en su potencialidad y consecuencias para propiciar procesos formativos que rompan las condiciones de cosificación, que conviertan la ataraxia en acción orientada hacia un compromiso social en la construcción de una vida democrática y también, por qué no, hacia la búsqueda de una felicidad trascendente.▼

Bibliografía

- Adorno, Theodor (1955) (1962) Aldous Huxley y la Utopía. En: *Prismas. La crítica de la cultura y de la sociedad*, Barcelona: Ariel. pp. 59-75
- Baudrillard, Jean (1970) (2007). *La sociedad del consumo. Sus mitos y sus estructuras*. Madrid. Siglo XXI.
- Giroux, Henry (1993). *La escuela y la lucha por la ciudadanía*. Madrid: Siglo XXI.
- Mannoni, Maud (2015). *La educación imposible*. México, FCE.